

De María a Josefina: Exogamia y supervivencia judía en la comunidad sefardita curazoleña y sus comunidades satélites

From María to Josefina: Jewish Survival and the Novel in Curacao

*Rab. Isidoro Aizenberg Scholar-in-Residence. Holocaust Resource Center
& Archives, Queensborough Community College,
City University of New York. E-mail: isidoroa@nyc.rr.com*

*Blanca de Lima Historiadora. Doctora en Historia (UCV).
Profesora de la Universidad Nacional Experimental
Francisco de Miranda. Investigadora del Centro de
Investigaciones Históricas Pedro Manuel Arcaya.
E-mail: blancadelima@hotmail.com.*

El propósito de esta presentación es hacer un análisis de la exogamia en la comunidad judía curazoleña y sus satélites en la cuenca caribeña, reflexionando por extensión sobre sus repercusiones en las actuales comunidades judías.

El análisis maneja principalmente la fuente literaria, sobre todo la desconocida novela *Josefina* del judío curazoleño David Darío Salas, cuyo subtítulo es "novela basada sobre un hecho histórico." *Josefina* (1889) es una de los dos primeros trabajos de ficción publicados en la cuenca del Caribe que trata acerca de la relación entre una persona de religión judía y otra de religión católica. El primer trabajo es la obra teatral de Federico Henríquez y Carvajal *La hija del hebreo*, estrenada en la República Dominicana en el 1882. Siete años más tarde, Salas publicó *Josefina* sobre un tema similar.

Partimos del criterio de que *Josefina*, con su tema ficcional, logra transmitir muchos de los códigos sociales relacionados con las uniones exogámicas y el amor romántico en la comunidad sefardita curazoleña y sus satélites. Nuestra tesis es que el colectivo sefardita curazoleño quedó inmerso en un juego de tensiones irresueltas, resultado de su convivencia con grupos de mayor peso demográfico, con los cuales compartían códigos culturales y sociales, y con los cuales habían generado lazos a partir del comercio, las finanzas, la política y otros planos. Mucho de esto se deja ver a través de la trama de *Josefina*.

Salas y sus precursores: el amor exogámico como dilema

Cuando Salas abordó en su novela de fin de siglo 19 las tensiones provocadas por una frustrada relación exogámica, temática tan controversial para la sociedad en la que residía, no era la primera vez que el tema había sido tratado.

En Europa, por ejemplo, los sinsabores y las consecuencias resultantes de los amores entre judíos y cristianos ya tenía una larga tradición. Hasta en Rusia, la obra teatral de Anton Chekov, *Ivanov*, (1887-1889), trata acerca de la bella e inteligente judía Sara quien se enamora del noble ruso, Nikolai Ivanov.

En España tuvo repercusión la novela *Gloria* de Benito Pérez Galdos sobre el tema que nos interesa.

En América Latina sólo tenemos tres textos que abordan el tema de los amores exogámicos judeo-católicos durante el primer siglo post colonial:

María, de Jorge Isaacs (1867), que se refiere al tema tangencialmente, y los que ya mencionamos *La hija del hebreo* (1883), y *Josefina* (1889) de David Darío Salas. Una nueva y completa edición de sus escritos se publicó en Valencia, Venezuela, en el 2004.

Aunque fuera posible, no tenemos forma de aseverar que Salas haya conocido o leído las obras europeas que tocaron el tema de los matrimonios exogámicos.

Salas si menciona en *Josefina* los romances de *Gloria* y *María*, tan populares en su época y que abordaban temas que tocaban fibras sensibles de su comunidad; pero ignoramos si leyó *La hija del hebreo* antes de la publicación de *Josefina*.

Si bien nuestro trabajo se concentra en la obra de Salas, consideramos importante dedicar un espacio pertinente a las obras del área hispanoparlante que nutrieron o pudieron haber nutrido el esfuerzo literario de Salas, presentándolas en orden de aparición editorial.

3.1 María, de Jorge Isaacs

La primera obra literaria hispanoamericana que abordó el tema de las uniones mixtas entre judíos y católicas fue *María*, novela semi autobiográfica del colombiano Jorge Isaacs, publicada en Bogotá en 1867, logrando obtener en poco tiempo los laureles de *best seller* a través de América Latina.

María se publicó justamente cuando en Colombia, bajo la presidencia de José Hilario López en 1851, se creó la base de la reforma constitucional de 1863.

Esta reforma implicó un cambio cualitativo del contexto político, pues: "decretó el cambio de la carta confesional católica a una constitución más democrática. "Bajo esta legislación favorable, la actividad vital y las prácticas judaicas se pudieron desarrollar en un ambiente de igualdad jurídica y libertad, pero no siempre de tolerancia."

En este marco de tensiones se estructuró la identidad de Isaacs, y esto se reflejó tanto en su vida como en su clásica novela. La narración se desarrolla en el ambiente rural del valle del Cauca, donde residieron los Isaacs. María, la heroína de la novela, igual que el padre de Jorge Isaacs, es nacida en Jamaica.

Sus padres biológicos la llamaron Ester, nombre clásico de la bíblica salvadora del pueblo judío durante el reinado del rey persa Ajashverosh. El padre de Ester, Salomón, había enviudado, quedando a cargo de su hija, entonces una niña de tres años. La niña es dada en crianza a un familiar, el padre de Efraín el héroe masculino de la obra, proponiéndole educarla como católica.

La vida de María, destinada a morir en la novela, reúne un conjunto de signos que envían diversos mensajes, expresión del juego de tensiones que se vivían en la sociedad colombiana con respecto a la convivencia intercultural e interreligiosa. El amor de María y Efraín deviene en una frustrada síntesis de códigos culturales y sociales, por tanto, a pesar del venerado amor que se profesan y a pesar de que ambos son católicos, el padre biológico de Efraín y que es el padre adoptivo de María se opone a que aquel amor se vea

consumado. Y es que en el vocabulario de la novela, subyace el término judío asociado a la *raza*, a diferencia del catolicismo, que es *religión*.

El peso del origen de María es definitivo. El *paterfamilias* negará la posible unión y la salida al dilema la dará la muerte, que lavará las manos a todos los protagonistas.

Y ese ser-no-siendo conducirá a la negación del amor exogámico y a su muerte como única y romántica salida al conflicto; María fallece mientras Efraín se encuentra estudiando medicina en Londres.

La tensión de identidades en la ficcional María y en el Jorge Isaacs que le dio vida literaria es clara, pero es una tensión que no contempla el destino comunitario judío o la identidad judía abierta de modo positivo, al conservarse los tradicionales estigmas, de ahí el trágico final de la obra.

Gloria, de Benito Pérez Galdós

Benito Pérez Galdós (1843-1920), el prolífico autor español nacido en las Islas Canarias, publicó *Gloria* en 1876-77, marcando así su entrada en la controversial polémica acerca de la "cuestión religiosa" reavivada en España durante el último tercio del siglo XIX. Fue entonces cuando el gobierno liberal que gobernó a España desde la Gloriosa Revolución de 1868 se disolvió y volvió a tener vigencia la constitución conservadora de 1876. La libertad de religión garantizada en el 1868 fue consecuentemente restringida y la religión católica una vez más impuesta como religión oficial del Estado. La libertad de enseñanza en los claustros universitarios también fue anulada y sus profesores forzados a no enseñar conceptos ajenos a la religión católica.

Fue en el marco de este ambiente social que Pérez Galdós concibió su *Gloria*, novela catalogada de tesis, es decir, escrita con la intención de suscitar un debate ideológico acerca de ideas de carácter social o moral, pero que, en este caso sirvió para despertar el debate religioso/político. Pérez Galdós vertirá en su novela la lucha contra la intolerancia y el fanatismo.

Gira *Gloria* en torno al triste destino de los frustrados amores entre David Morton, judío británico, descendiente de una familia sefardita, y Gloria Lantigua, española nata, hija de una familia ostensiblemente defensora de los valores del más ferviente catolicismo, y simbólicamente catalogada a "la antigua". David no manifiesta inclinación religiosa alguna, no demuestra interés por los valores judíos, hasta tal punto que tanto Gloria como su familia asumen que debe ser protestante. Gloria, sin embargo, mantenía un criterio religioso personal que la condujo a una cierta liberalidad y tolerancia en la primera parte de la trama, mientras creyó que David era protestante, es decir, cristiano.

El amor imposible y trágico de ambos enamorados se enmarca en el fanatismo religioso de ambas familias y de la sociedad del pueblo de Ficóbriga, epicentro geográfico de la trama. Si en algún momento, arrebatado por el irresistible amor que siente por Gloria, Daniel accede a aceptar la fe de su amada aunque bajo falsas pretensiones: "Yo no soy ni seré nunca cristiano. Mi conversión es una impostura", interviene la madre de Daniel, Ester Spinoza, quien durante su visita a Ficóbriga y enterada de la titubeante decisión de su hijo teje una maniobra para desbaratar la decisión de Daniel en forma definitiva. El matrimonio mixto queda negado como opción social y personal. Sin embargo, la pareja sucumbe al amor romántico y ella queda embarazada, con lo cual viola uno de los códigos judeo-cristianos que miden el valor social de una mujer: la virginidad, "que en esa sociedad donde vive significa la pérdida del honor". Esa violación de código nos dice que el amor unifica, es

decir, hace posible la exogamia, mas el fanatismo religioso divide y hace fracasar el intento inter-religioso que plantea la ficción literaria.

La hija del hebreo, de Federico Henríquez y Carvajal

Federico Henríquez y Carvajal (1848-1952), descendiente de judíos sefarditas, nació en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana. La obra trata sobre Daniel López, judío sefardita, quien se enamora de María, hija de don Juan, ferviente católica que pone su confianza "en la Virgen". El drama comienza presentando a don Juan, padre de María, quien aparenta no estar al tanto del amor que su hija profesa por el joven judío Daniel López. Según don Juan, su hija está destinada a contraer nupcias con el teniente coronel don José del Prado, católico también.

A pesar de las firmes intenciones de don José, María continúa brindando sus afectos a Daniel López, afirmando que su "vida naufragará [padre mío,] sin Daniel". Por su parte, don Juan aduce que Daniel, "el mismo pretencioso joven, desciende de una familia fanática". Las duras palabras de don Juan no hacen titubear al joven, quien afirma sus lazos con María. Finalmente huye con ella de la casa paterna para santificar su lazo ante un sacerdote cristiano y, como le dice a María, "en un templo bendecido por... tu Dios", lo cual no genera problemas para el joven, en cuya vida brilla por su ausencia la práctica religiosa judía aunque, por otro lado, en ningún momento abandona su religión o siquiera sugiere convertirse en cristiano. Esta circunstancia de atonía cultural sin abandono de la fe de origen, fue propia —en el plano de lo real— en muchos hombres judíos que emigraron de Curazao e hicieron sus vidas en otros puntos de la cuenca caribeña. A esto lo hemos llamado esqueletización de la fe; dada la pérdida de elementos rituales que ayudaran a conservar y fortalecer la identidad religiosa, agravada por la carencia de rabino en muchas de las ciudades donde estos hombres asentaron.

Una vez santificado el matrimonio sin el consentimiento del padre de María, los recién casados se fugan a Colombia. La ficción literaria recrea un escenario vivido en numerosas ocasiones por varones sefarditas curazoleños en la tierra firme latinoamericana: la exogamia a costa de marcar distancias geográficas con la comunidad de origen. Había que pagar un costo, y este era el debilitamiento de los nexos familiares y los lazos afectivos. El drama literario agudiza la trama, al introducir la omisión del *paterfamilias* como clave para la concreción del matrimonio mixto, y el elemento de fuga como clave para la pervivencia del amor exogámico.

En Colombia les nace una hija a quien dan el nombre de Cristiana, con lo cual, a diferencia de la Ester/María de Isaacs, se impone una identidad católica en la descendencia la cual, sin lugar a dudas, facilitaría futuros escenarios matrimoniales para la joven. Pasan los años y un buen día aparece un pobre ciego pidiendo limosna en la puerta de casa de Daniel y María, quienes reconocen de inmediato en él a don Juan.

Al hacer dialogar a hija y padre, Henríquez y Carvajal ratifica valores de la modernidad: la supremacía del amor romántico, la tolerancia y el libre albedrío, con la desaparición del *paterfamilias* como factor de decisión en materia de matrimonios. Finalmente, Cristiana se revela ante don Juan como la hija de un hebreo. Don Juan, a raíz de una intervención quirúrgica, recupera su visión. Simbólicamente, su ceguera era más que física, era espiritual; siendo la intolerancia incapaz de permitirle apreciar el amor de su hija por Daniel. El final feliz de la obra es posible porque se impone el peso de la herencia católica, admitiéndose la exogamia siempre y cuando la descendencia se apegue a la

religión materna.

Josefina

Como sus antecesoras, la novela de Salas —quien siempre permaneció judío— cuestiona críticamente las barreras que impedían un romance católico judío.

Abajo del título, Salas agregó que *Josefina* es una “Novela basada sobre un hecho histórico”. En el mismo prólogo Salas también advierte a sus lectores de que “Persuadido estoy que no faltarán almas cándidas que, al fijar sus miradas sobre las endeble páginas de este libro, se sentirán presas de un temor rayando en cobardía, y descargarán sobre el autor sus implacables iras”. Salas se refería probablemente a las críticas que su novela podría despertar por atreverse a cuestionar las barreras sociales que impedían un matrimonio católico-judío en medio de la comunidad judía más numerosa de la región caribeña.

Josefina: la trama

La historia de *Josefina* se desarrolla en Curazao comenzando en febrero del 1892. Josefina, una joven y hermosa mujer, escapa de Venezuela junto a su familia y otras familias venezolanas, huyendo del trauma de una lucha civil que afecta a su país. En el curso de una velada conoce a Alfredo Olivero, joven judío.

Salas pinta a su bellísima heroína en terminología inspirada por el orientalismo del Cantar de los Cantares. Josefina, nos cuenta, “era joven como un joven cedro del Líbano”, “su acento rítmico era algo así como los acordes bíblicos del arpa de David”, y su voz “como el acento de aquellos ángeles que nos habla la Biblia!” Su madre era doña Mercedes, mientras que don Salvador, el padre que conoció toda su vida, era en realidad su abuelo. Josefina era también “cuasi fanática, educada con la cruz en la mano y la mirada fija en un crucifijo de madera, puesta casi siempre de hinojos, con la oración palpitando en los labios, adorando ídolos, contando las cuentas de un rosario y apretando sobre su pecho un pequeño volumen del nuevo testamento” 7

Alfredo no despliega ninguna característica que lo pudiera identificar como judío. Alfredo no aparenta haber recibido educación acerca de la fe, liturgia, religión o práctica judía. Salas identifica a su héroe como un libre pensador. Esta forma de pensar fue característica de la Libre Masonería, a la que tantos judíos curazoleños de la época se suscribían.

Por lo tanto, cuando Alfredo declara su apasionado amor por Josefina, se crea automáticamente el marco para el choque entre los dos criterios: por un lado, el de una creyente, católica practicante, y por el otro, de un judío no-creyente, libre pensador. Alfredo no es capaz de contemplar nada que le impediría llegar al altar matrimonial. Se ve perplejo y frustrado por su fracaso de persuadir a Josefina para que responda favorablemente a sus súplicas.

Josefina, a pesar de los insistentes ruegos de su amante, no cede de su posición: la de ellos es una relación imposible, y en el clímax del drama le dice: “no tiembles, nuestro amor es un imposible”.

Irreconciliables diferencias religiosas están en los cimientos del imposible amoroso. La unión de un judío con una católica, pronuncia Josefina finalmente: “traería sobre ti el grito de indignación de la sociedad Curazoleña; y lo que es aún peor, el desagrado de nuestros padres, la burla de nuestros amigos y el desprecio de nuestros relacionados”.

A través de los diálogos entre Josefina y Alfredo se perfila un claro desbalance en los argumentos que él esgrime: mientras que Josefina de manera persistente y apasionada

hace referencia a los símbolos cristianos y a sus imágenes, que tanto significado tienen en su vida, Alfredo no cesa de criticar la devoción religiosa de su amada y el apego a sus símbolos, pero nunca se refiere a la suya propia ni a sus prácticas. Por otra parte, y al contrario de la novela de Galdós, donde se propone la conversión al catolicismo, —una opción teórica, ya que conversiones de esta naturaleza eran totalmente desconocidas y no existentes en la España de sus días—; Salas sigue la tónica argumental de Henríquez y Carvajal, donde no hay propuesta alguna para que el enamorado abandone su fe religiosa. La conversión de una religión a la otra en los días de Salas no era una opción factible, inclusive en una colonia holandesa mucho más liberal que España.

El rechazo paternal al matrimonio exógamo

Los apasionados argumentos y contra argumentos de los enamorados no son capaces de persuadir uno al otro. Lo que sí se convierte en una realidad es la predicción de Josefina de que su relación con Alfredo suscitaría el enfado de los padres.

El padre de Alfredo, igual que el de Josefina, también es calificado de fanático, quien “Amaba al judaísmo con amor profundo [mientras que] la iglesia lo inspiraba un horror espantoso”. A pesar de que Alfredo anticipaba la forma de pensar de su padre en cuanto a su religión, decidió, contrariamente a Josefina, compartir con él personalmente su amor por ella, pidiéndole por adelantado: “Nada más que un poco de tolerancia”. Mas cuando Alfredo le revela su amor por Josefina la católica, la respuesta de su padre —similar a la del padre de Josefina— es categórica y contundente: “cometes un crimen si esa mujer es una católica; nuestra religión nos impide el matrimonio con una mujer de distinta religión a la nuestra. El verdadero hebreo ha de ser invariable, tenaz y enérgico en el cumplimiento de sus ritos”. Alfredo responde a sus objeciones: “Padre, tú sabes que no soy religioso”.

Es muy posible que Alfredo haya recibido una sólida educación general, mas en ningún lugar de la novela Salas ofrece el más mínimo indicio de que Alfredo también recibió la educación religiosa judía a la que su padre aparenta aludir. Como ya indicamos, Josefina demuestra un apego íntimo y sincero a sus prácticas religiosas, mientras que Alfredo es totalmente indiferente e ignorante acerca de su religión. Desde esta perspectiva parecería lógico que no sintiera necesidad de compartir sus inquietudes religiosas con Josefina. Era un libre pensador y masón como tantos otros judíos de su época. Justificadamente, tomando en cuenta su educación, Alfredo no demuestra ningún lazo con el pasado histórico de la religión de sus padres y por la consecuente obligación de contraer matrimonio dentro de su fe.

Reflexiones finales

La ficción literaria, como es el caso de la desconocida novela *Josefina* de fin del siglo XIX que analizamos hoy, rescata los códigos sociales propios de la modernidad en abierto choque con los marcos socioculturales previos. Se enfrentan endogamia y exogamia, *paterfamilias* y libre albedrío, acuerdos matrimoniales y amor romántico, intolerancia y tolerancia, religión y laicismo. La literatura impone como trama el enlace libre albedrío-amor romántico-exogamia, expresada en la idea de dejar que “el amor haga lo suyo”. Aunque es válida, tiene como limitante que destaca solo uno de los elementos que integran la red que hizo posible el proceso de disolución gradual de la identidad judía de muchos de los sefarditas caribeños, red que sí se puede observar cuando la historia abre el abanico de las fuentes.

Esa misma ficción literaria plantea la utopía del amor como religión, una única religión, la cual desemboca en la imposibilidad de la unión exogámica. Aunque las obras potencian lo que se considera impensable, lo negado: el amor entre personas de distinta fe religiosa; el

ideal utópico no se puede concretar y los autores destruyen a los personajes, siendo la muerte en distintas formas estilísticas la solución final al conflicto: María (Isaacs) y Gloria mueren físicamente, Morton enloquece, lo cual es una forma de morir. Alfredo, literalmente, muere de amor lejos de Josefina. David verá morir su herencia religiosa y cultural desde el mismo nombre de su hija: Cristiana.

Sin embargo, las fuentes históricas nos indican que la realidad no se comportó de manera tan rígida. La muerte no fue el sello que marcara los destinos individuales, mas sí el de las comunidades. En la realidad fue exitosa la exogamia, bien a través de matrimonios o uniones consensuales, teniendo como resultado el problema demográfico que viven las comunidades judías a nivel planetario: "la disolución de una minoría por medio del abrazo biológico con la mayoría".

En su afán por enfatizar la restricción y los condicionamientos religiosos y culturales que la sustentan, la fuente literaria se aleja del dato histórico: la exogamia se concretó a lo largo de la cuenca del Caribe y generó miles de descendientes de sefarditas que hoy son católicos sin desconocer sus raíces históricas y culturales judeo-españolas. De Lima ha detectado en las redes sociales y las webs de genealogías en internet a estos descendientes, entre los cuales están los Senior de Colombia y Venezuela, los Álvarez Correa de Colombia, los De Lima de Venezuela, Colombia y Trinidad & Tobago; así como descendientes católicos de sefarditas en la isla de Curazao.

Sin embargo, es preciso recalcar que esta exogamia se dio casi en su totalidad por vía masculina. Exceptuando los casos antes presentados de República Dominicana, la soltería femenina fue el destino de muchas mujeres judías de tierra firme, impedidas de matrimoniarse por falta de varones de su propio grupo religioso, lo cual alimentó la desaparición de las comunidades en tierra firme. El factor demográfico se vio afectado por la exogamia varonil, que encauzó hacia el colectivo femenino criollo sus preferencias en materia de pareja, dejando a las mujeres judías sujetas a una exigencia cultural y religiosa: la endogamia, imposible de cumplir ante la merma de varones. Atadas a un patrón cultural que exige un balance demográfico entre ambos sexos, mismo que se perdió entre migraciones recurrentes y enlaces varoniles mixtos extracomunidad, la soltería femenina puso el punto final a la posibilidad de supervivencia de casi todas las comunidades sefarditas en la cuenca caribeña.

El conjunto de uniones y matrimonios abordados en estas páginas sirven de ejemplos que nos llevan desde los prolegómenos de la exogamia matrimonial hasta los enlaces mixtos reconocidos y aceptados; recreando un escenario heterogéneo donde podemos imaginar el tránsito de la asimilación de la exogamia partiendo desde fuertes conflictos intrafamiliares y reto a la comunidad, pasando por el ocultamiento de vidas familiares paralelas en tierra firme hasta llegar a las bodas mixtas con mayor o menor aceptación. Los enlaces exogámicos fueron, al igual que los procesos migratorios, beneficiosos para el receptor —en nuestro caso las sociedades criollas— y debilitantes para el grupo emisor; la comunidad sefardita curazoleña. Cada unión consensual, cada matrimonio mixto, significó la pérdida de un potencial reproductivo que se trasladó del grupo emisor (sefarditas de Curazao) al grupo receptor (sociedades criollas). La comunidad isleña se diluyó, en buena medida, a lo largo de la cuenca del Caribe.

Existen muchas maneras de abordar el proceso histórico de disolución de una minoría. La novela *Josefina*, junto a sus predecesoras, da fe del valor de la ficción como fuente antropológica para estudiar la exogamia en el caso caribeño, ya que la narrativa permite escuchar la voz de una memoria impedida. La ficción recrea y analiza, dibuja, y comenta. En diálogo con la documentación histórica, nos permitió poner de manifiesto las formas en que

un grupo, en este caso, los sefarditas curazoleños, afrontó uno de los grandes dilemas que siempre acompañarán a toda comunidad religiosa en minoría demográfica y carente de soportes para el despliegue de su identidad religiosa y cultural.